

El Paro Nacional en Ecuador: La Lucha de un Pueblo Entre el Racismo y la Defensa de la Vida



Tomado de las redes sociales

El Paro Nacional que comenzó en Ecuador el 22 de septiembre de 2025 es mucho más que una reacción a la eliminación del subsidio al diésel. Es la expresión de una crisis estructural: un punto de inflexión donde confluyen demandas económicas, políticas de exclusión y un racismo institucional que atraviesa la relación entre el Estado y los pueblos originarios, afro y sectores populares.

Aunque la Constitución de 2008 reconoce a Ecuador como un Estado plurinacional e

intercultural, los derechos colectivos, el acceso al territorio, la libre determinación de los pueblos y la defensa de la naturaleza siguen siendo vulnerados de manera sistemática.

Escribo estas palabras desde la distancia, como mujer mestiza y migrante, que participó en las movilizaciones de 2019 y 2022, con la certeza de que vivimos en una sociedad marcada por la inequidad y la injusticia. Aunque hoy me encuentro lejos, mi corazón sigue en mi país. Este texto nace de revisar redes sociales, prensa y diversos artículos, pero, sobre todo, de la necesidad de visibilizar la resistencia y el derecho a la dignidad, incluso desde la distancia.

I. La Promesa Incumplida: Plurinacionalidad Versus Exclusión

Para entender la movilización de 2025 es necesario mirar al pasado. En 2019, la eliminación del subsidio al diésel encendió las protestas; hoy, el detonante es el mismo. El precio del galón pasó de 1,80 a 2,80 dólares, una medida que el gobierno de Daniel Noboa presenta como “necesaria” para la economía, pero que golpea directamente a los sectores rurales, indígenas y populares, para quienes el diésel es esencial en la agricultura, el transporte y la producción.

Sin embargo, las demandas van mucho más allá. La CONAIE y otras organizaciones sociales exigen la reducción del IVA, presupuestos dignos para salud y educación, y el fin de la expansión extractivista — minera y petrolera— que amenaza ecosistemas vitales como el páramo de Kimsakocha, fuente de agua para Cuenca.

Más del 30 % del callejón interandino está concesionado a empresas mineras. Estas actividades no solo amenazan territorios biodiversos, sino que despojan a las comunidades de su tierra y su agua. La situación se agrava por la desinstitucionalización del Estado, que ha debilitado el Ministerio del Ambiente y transición ecológica quitándole competencias para garantizar los derechos de la naturaleza.

Un país que no asegura el acceso a la salud y la educación está condenado a la fractura social. Las cifras son contundentes: en 2024, el 28 % de la población ecuatoriana vivía bajo la línea de pobreza, cifra que alcanzaba el 46,4 % en zonas rurales. Siete de cada diez niños indígenas crecen en la pobreza, y el 33,4 % de los menores de dos años sufren desnutrición crónica, frente al 2 % de los niños mestizos. Este abismo es la raíz de la protesta: un Estado que celebra la plurinacionalidad en el discurso, pero margina a los pueblos que sostienen la vida del país.

II. La Realidad Actual: Criminalización, Represión y la Lógica del “Terrorista”

El desarrollo del paro, que hasta hace pocos días superaba los 24 días de duración, ha tenido una respuesta estatal que evidencia el racismo, visible en la criminalización discursiva del presidente Daniel Noboa, quien calificó las protestas como actos de “vandalismo y terrorismo”, acusando a los manifestantes de tener vínculos con el crimen organizado.

Estas declaraciones no son inocentes: buscan deslegitimar la protesta, despojarla de su carácter político y situarla en el ámbito de la ilegalidad y la amenaza a la seguridad.



Tomado de las redes

La respuesta estatal se ha caracterizado por una represión violenta y el uso desproporcionado de la fuerza, documentado por organizaciones de derechos humanos que registraron más de 250 vulneraciones, con un saldo de al menos dos manifestantes indígenas fallecidos, cerca de 140 detenidos y decenas de heridos.

El estado de excepción decretado en 10 provincias suspendió garantías constitucionales y desplegó más de 6.000 militares, especialmente en los accesos a Quito, creando un cerco informativo que obstaculizó incluso el trabajo de periodistas.

En este contexto, los intentos de diálogo forzado del gobierno han mostrado su fracaso. El 15 de octubre, el anuncio de un acuerdo entre el gobierno y dirigentes de Imbabura para levantar el paro fue rechazado por las bases indígenas, que acusan al gobierno de intentar dividir a las organizaciones.

III. Los Medios: Entre el Silencio y la Estigmatización

Los medios hegemónicos han desempeñado un papel central en la construcción del relato oficial sobre el paro nacional, reforzando una narrativa que criminaliza la protesta social. A través de la generalización y la estigmatización, se ha difundido la idea de que “los indígenas” —sin reconocer su diversidad cultural y política— son sinónimo de “violencia” o “terrorismo”.

Esta reducción mediática niega la pluralidad de voces y luchas presentes en el movimiento, y contribuye a legitimar la represión estatal bajo el argumento del orden y la seguridad. Al mismo tiempo, la cobertura ha privilegiado los enfrentamientos y bloqueos, invisibilizando la dimensión masiva, organizada y mayoritariamente pacífica de las movilizaciones que se han desarrollado en todo el país.

Sin embargo, en contraste con ese cerco informativo, algunos medios internacionales y periodistas independientes han intentado desmontar las versiones oficiales. Investigaciones como la de BBC Verify mostraron, por ejemplo, que no existían pruebas que respaldaran el supuesto ataque armado al convoy presidencial, y que los daños observados correspondían más bien a impactos de piedras. Este contraste evidencia la necesidad urgente de un periodismo crítico, capaz de escuchar a las comunidades y de narrar los hechos desde el respeto a la verdad y la dignidad de los pueblos que resisten.

IV. El Arte Como Trinchera de Resistencia y Memoria



Tomado de las redes sociales

En este escenario de violencia estatal y estigmatización mediática, el arte emerge como un poderoso mecanismo de resistencia que cumple múltiples funciones vitales para el movimiento social.

El muralismo y el cartelismo callejero de artistas como Apxel, Sozapato y Vilmatraca funcionan como archivos visuales de la represión, creando memoria colectiva con murales que recuerdan a Efraín Fúez y otros afectados. Su reproducción en serigrafías y stickers garantiza la circulación y permanencia del mensaje frente al olvido institucional.

Paralelamente, la música de grupos como Mugre Sur y La Vagancia transforma los escenarios en espacios de pedagogía y catarsis colectiva, con letras que nombran la rabia y performances que cuestionan el poder.

Estas expresiones contemporáneas dialogan con obras históricas como *Huasipungo* de Jorge Icaza o las pinturas de Camilo Egas, conectando la criminalización actual con las formas históricas de explotación. Finalmente, el arte en las protestas —tambores, bailes, performance— trasciende la denuncia para convertirse en mecanismo de cuidado comunitario, fortaleciendo los lazos sociales y ofreciendo sostén emocional frente a la violencia.

V. La Mirada de la Diáspora: Entre la Preocupación y la Resistencia a la Distancia

Para mí como mujer migrante ecuatoriana en Europa, observar el conflicto desde la distancia me desgarrar el alma. En mis recuerdos veo los colores y olores del Mercado de Otavalo, los tejidos y bordados de mil colores, mientras resuena el sonido del rondador y la quena, y revivo la imagen de hombres orgullosos con ponchos azules y mujeres valientes con blusas blancas bordadas que hoy están en resistencia.

Desde esa nostalgia dolorosa, ver el racismo hacia los pueblos indígenas, afrodescendientes y sectores populares me interpela y me duele, porque como migrante también he sentido el racismo estructural, la estigmatización mediática y la negación de nuestras realidades latinoamericanas, que raramente aparecen con seriedad en los medios europeos.

Quienes vivimos en migración, con una doble ciudadanía emocional, sufrimos con angustia la militarización de ciudades como Otavalo, donde amigos y familiares describen cómo los gases lacrimógenos contaminan el aire y nublan la belleza de los paisajes andinos. Cada detención, cada noticia la vivo como la de un ser querido; el dolor me quema en la garganta.

Y, sin embargo, me siento orgullosa por la resistencia y la dignidad de mi pueblo que lucha por justicia y equidad.

En mi mente no hay desarraigo a pesar de la distancia, soy ecuatoriana, y mi memoria es mi fuerza de resistencia política, que clama por un Ecuador diverso: mercados llenos de colores, lenguas ancestrales, saberes tradicionales, sujetos políticos y actores líderes hombres y mujeres que construyen la historia y demandan equidad, lo que se opone a la narrativa reduccionista que solo muestra narcoviencia y terrorismo.

Conclusión: Dignidad y Memoria en un Estado Plurinacional Vacío

El Paro Nacional de 2025 revela la distancia entre la promesa constitucional y la realidad racista del Estado ecuatoriano. La represión, la criminalización y el desprecio por los pueblos indígenas, afro y sectores populares son síntomas de una estructura que aún no ha aprendido a escuchar.

Pero frente a esa violencia, florecen la memoria, la palabra y el arte. Las comunidades, las mujeres y los pueblos siguen diciendo: *“Ecuador no es una hacienda.”*

La salida no está en más estados de excepción, sino en el diálogo real, la redistribución justa y el reconocimiento efectivo de la plurinacionalidad como principio político, no como postal turística.

Mientras eso no ocurra, las voces de Tránsito Amaguaña, Dolores Cacuango y de quienes cayeron en 2019, 2022 y 2025 seguirán resonando en cada mural, en cada canción, en cada tejido que proclama: *“Seguimos aquí. Seguimos luchando.”*

¡Que viva la resistencia de los pueblos y las comunas, carajo!

Renata LASSO

Mujer migrante ecuatoriana en Francia.

La Grève Nationale en Équateur : La Lutte d'un Peuple entre le Racisme et la Défense de la Vie



Tomado de las redes sociales

La grève nationale qui a débuté en Équateur le 22 septembre 2025 est bien plus qu'une réaction à la suppression de la subvention au diesel. C'est l'expression d'une crise structurelle, un point de rupture où convergent les revendications économiques, les politiques d'exclusion et un racisme institutionnel profondément enraciné dans la relation entre l'État et les peuples autochtones, afrodescendants et les secteurs populaires.

Bien que la Constitution de 2008 reconnaisse l'Équateur comme un État plurinational et interculturel, les droits collectifs, l'accès au territoire, l'autodétermination des peuples et la défense de la nature continuent d'être systématiquement violés.

J'écris ces mots depuis la distance, en tant que femme métisse et migrante, ayant participé aux mobilisations de 2019 et 2022, avec la certitude que nous vivons dans une société marquée par l'injustice et les inégalités. Même loin, mon cœur reste au pays. Ce texte est né de la consultation des réseaux sociaux, de la presse et de divers articles, mais surtout du besoin de rendre visible la résistance et le droit à la dignité, même depuis l'exil.

I. La Promesse Non Tenue : Plurinationalité Versus Exclusion

Pour comprendre la mobilisation de 2025, il faut regarder en arrière. En 2019, la suppression de la subvention au diesel avait déjà déclenché de vastes protestations ; aujourd'hui, le déclencheur est le même. Le prix du gallon est passé de 1,80 à 2,80 dollars — une mesure que le gouvernement de Daniel Noboa présente comme "nécessaire" à l'économie, mais qui frappe de plein fouet les secteurs ruraux, autochtones et populaires, pour lesquels le diesel est vital dans l'agriculture, le transport et la production.

Mais les revendications vont bien au-delà. La CONAIE et d'autres organisations sociales exigent la réduction de la TVA, des budgets dignes pour la santé et l'éducation, ainsi que la fin de l'expansion extractiviste — minière et pétrolière — qui menace des écosystèmes essentiels comme le páramo de Kimsakocha, source d'eau pour la ville de Cuenca.

Plus de 30 % du couloir interandin ont été concédés à des entreprises minières. Ces activités ne menacent pas seulement la biodiversité, elles dépouillent aussi les communautés de leurs terres et de leur eau. La situation est aggravée par la désinstitutionnalisation de l'État, qui a affaibli le ministère de l'Environnement et de la Transition écologique en lui retirant ses compétences de garantie des droits de la nature.

Un pays qui ne garantit pas l'accès à la santé et à l'éducation est condamné à la fracture sociale. En 2024, 28 % de la population équatorienne vivait sous le seuil de pauvreté — un chiffre qui atteignait 46,4 % dans les zones rurales. Sept enfants autochtones sur dix grandissent dans la pauvreté, et 33,4 % des enfants de moins de deux ans souffrent de malnutrition chronique, contre seulement 2 % des enfants métis. Cet abîme social est la racine même de la révolte : un État qui célèbre la plurinationalité dans les discours, mais marginalise ceux qui soutiennent la vie du pays.

II. La Réalité Actuelle : Criminalisation, Répression et la Logique du "Terroriste"

Le développement de la grève, qui a dépassé les 24 jours, a reçu une réponse gouvernementale révélatrice du racisme systémique. Le président Daniel Noboa a qualifié les manifestations d'actes de

“vandalisme et de terrorisme”, accusant les manifestants de liens avec le crime organisé. Ces déclarations ne sont pas anodines : elles visent à délégitimer la protestation, à lui retirer son caractère politique et à la présenter comme une menace à la sécurité nationale.



Tomado de las redes

La réponse de l’État s’est traduite par une répression brutale et un usage disproportionné de la force, documentés par les organisations de défense des droits humains : plus de 250 violations enregistrées, au moins deux manifestants autochtones tués, près de 140 arrestations et des dizaines de blessés. L’état d’urgence décrété dans dix provinces a suspendu les garanties constitutionnelles et déployé plus de 6 000 militaires — notamment aux abords de Quito —, imposant un véritable blocus médiatique qui a même entravé le travail des journalistes.

Dans ce climat, les tentatives de “dialogue” forcé du gouvernement ont échoué. Le 15 octobre, un accord annoncé avec certains dirigeants d’Imbabura pour lever la grève a été rejeté par les bases autochtones, qui accusent le pouvoir d’essayer de diviser les organisations.

III. Les Médias : Entre Silence et Stigmatisation

Les médias hégémoniques ont joué un rôle central dans la construction du récit officiel de la grève, en renforçant une narration qui criminalise la protestation sociale. Par la généralisation et la stigmatisation, ils ont diffusé l’idée que “les indigènes” — sans reconnaître leur diversité culturelle et politique — sont synonymes de “violence” ou de “terrorisme”.

Cette réduction médiatique nie la pluralité des voix et des luttes, et légitime la répression au nom de l’ordre public. Par ailleurs, la couverture médiatique s’est concentrée sur les affrontements et les blocages, invisibilisant la dimension massive, organisée et largement pacifique des mobilisations à travers le pays.

Cependant, en contraste avec ce blocus informatif, certains médias internationaux et journalistes indépendants ont tenté de contrecarrer les versions officielles. Des enquêtes comme celle de BBC Verify ont démontré, par exemple, qu’aucune preuve ne confirmait la thèse d’une attaque armée contre le convoi présidentiel, les dégâts correspondant plutôt à des impacts de pierres. Ce contraste révèle l’urgence d’un journalisme critique, capable d’écouter les communautés et de raconter les faits avec respect et dignité.

IV. L’Art Comme Bastion de Résistance et de Mémoire



Tomado de las redes sociales

Dans ce contexte de violence étatique et de stigmatisation médiatique, l’art émerge comme un puissant instrument de résistance, jouant un rôle vital dans le mouvement social. Le muralisme et l’affichage de rue, portés par des artistes comme Apxel, Sozapato ou Vilmatraca, fonctionnent comme des archives visuelles de la répression, inscrivant dans la mémoire collective les visages d’Efraín Fuérez et d’autres victimes. Leur reproduction en sérigraphies et autocollants permet la diffusion et la pérennité du message face à l’oubli institutionnel.

En parallèle, la musique de groupes tels que Mugre Sur ou La Vagancia transforme les scènes en espaces d’éducation populaire et de catharsis collective, avec des paroles qui nomment la colère et des performances qui défient le pouvoir.

Ces expressions artistiques dialoguent avec des œuvres historiques comme *Huasipungo* de Jorge Icaza ou les peintures de Camilo Egas, reliant la criminalisation actuelle aux formes anciennes d'exploitation. Enfin, l'art dans les manifestations — tambours, danses, performances — dépasse la dénonciation : il devient un acte de soin collectif, un lien social et une source de force émotionnelle face à la violence.

V. Le Regard de la Diaspora : Entre Préoccupation et Résistance à Distance

Pour moi, femme migrante équatorienne en Europe, observer le conflit à distance me déchire le cœur. Dans mes souvenirs se mêlent les couleurs et les odeurs du marché d'Otavalo, les tissus brodés aux mille teintes, les sons du rondador et de la quena, et l'image des hommes fiers en ponchos bleus et des femmes courageuses en blouses blanches brodées — aujourd'hui en résistance.

Depuis cette nostalgie douloureuse, voir le racisme dirigé contre les peuples autochtones, afrodescendants et les secteurs populaires me touche profondément, car, en tant que migrante, j'ai moi aussi connu le racisme structurel, la stigmatisation médiatique et la négation de nos réalités latino américaines, rarement traitées avec sérieux dans les médias européens.

Nous qui vivons en migration, avec une double citoyenneté émotionnelle, ressentons l'angoisse de la militarisation de villes comme Otavalo, où amis et proches décrivent comment les gaz lacrymogènes contaminent l'air et obscurcissent la beauté des Andes. Chaque arrestation, chaque image de violence est vécue comme celle d'un être cher ; la douleur brûle dans la gorge.

Et pourtant, au milieu de cette douleur, je ressens la fierté d'un peuple digne qui continue de lutter pour la justice et l'équité.

Dans mon esprit, il n'y a pas de déracinement malgré la distance. Je suis équatorienne, et ma mémoire est ma force de résistance politique. Elle réclame un Équateur divers, vibrant — des marchés colorés, des langues ancestrales, des savoirs traditionnels —, un pays d'hommes et de femmes acteurs de leur propre histoire, qui s'opposent à la vision réductrice d'un pays de "narcoviolence" et de "terrorisme".

Conclusion : Dignité et Mémoire dans un État Plurinational Vide

La grève nationale de 2025 révèle l'écart abyssal entre la promesse constitutionnelle et la réalité raciste de l'État équatorien. La répression, la criminalisation et le mépris envers les peuples autochtones, afrodescendants et populaires sont les symptômes d'un système qui ne sait toujours pas écouter.

Mais face à cette violence, la mémoire, la parole et l'art fleurissent. Les communautés, les femmes et les peuples répètent : "L'Équateur n'est pas une hacienda."

La solution ne réside pas dans de nouveaux états d'exception, mais dans un dialogue véritable, une redistribution juste et la reconnaissance effective de la plurinationalité comme principe politique, et non comme carte postale touristique.

Tant que cela n'arrivera pas, les voix de Tránsito Amaguaña, Dolores Cacuango et de celles et ceux tombés en 2019, 2022 et 2025 continueront de résonner dans chaque mur, chaque chanson, chaque tissage qui proclame : "Nous sommes encore là. Nous continuons à lutter."

Vive la résistance des peuples et des communautés !

Renata LASSO

Femme migrante équatorienne en France.